

RASGOS DE LOS NIÑOS CÉLEBRES.



GUSTAVO WASA.

I

EL NIÑO:

Estaba cierto niño de 14 años, puesto de pie sobre una alta roca en forma de pirámide, el viento agitaba sus cabellos rubios, y sus ojos negros cubiertos de una inquietud sombría se fijaban alternativamente en todos los puntos del inmenso país que se presentaba á su vista, en lontananza y se reconcentraba en las siete Islas que sirven de base á la gran ciudad de Stokolmo, cuyas murallas entran en las aguas puras del lago Melev. Un punto negro y moviblese divisaba al final del horizonte á un lado del puerto que forma un mar Báltico, y este punto avanzaba hácia la costa tomando mas cuerpo.

La salida del sol enrojecía el horizonte, y la naturaleza volvía á tomar vida y movimiento, cuando se presentó al pie de

la Roca, un nuevo personaje de alguna mas edad que el anterior; aun que mas pequeño y débil llevaba sin embargo como él, el traje de la nobleza sueca. Cuando se hubo acercado gritó: «Gustavo, Gustavo.» Gustavo se estremeció al oír su nombre que le distrajo de su meditacion, y contestó diciendo, Sturce!

Luego que se reunieron los dos amigos diéronse la mano, y se sentaron juntos en la misma roca.

¿Ves, dijo Gustavo aquel punto? enseñándole á Sturce el punto negro del horizonte. Es seguro que nadie ha pernoctado en el palacio. Ni en el castillo de Lindholm.

¿Qué sabes tú, Gustavo?

—Ayer por la noche á eso de las once, me retiraba yo á mi cuarto, cuando al pasar por la gran galería, ví en ella á un criado. Reconocí la librea del administrador del reino, llamé al que la llevaba, que era Lorenzo el ayuda de cámara de confianza de tu padre.

¿A dónde vas le dije?

A llevar un recado urgente á Erico Johanson Wasa.

Y él siguió su camino y yo el mio; me acosté á las doce, pero inquieto y sin saber por qué me volví á levantar; tenia calor, abrí la ventana, y ví luz en el cuarto de mis padres, y distinguí claramente á la luz de las bujías que aun estaban ardiendo, tres personas que se paseaban.»

Mientras que Gustavo hablaba, Sturce, el hijo de Stenon Sturce, antiguo administrador de la Suecia, le escuchaba, no como el que solo oye, sino como aquel que se detiene á pensar lo que responderá.

—¿Y sabes algo mas, Federico?

—Si, Gustavo: Cristian II aspira, como tú sabes, á la corona de Suecia, y apoya sus pretensiones en el tratado de Calmar. La escuadra que ves, es la suya, y ofrece á mi padre presentarse él mismo en la ciudad para terminar las diferencias, pero con condicion de que se le entreguen en rehenes seis personas de las primeras familias del pais.

—¿Cuales?

—Aun no está decidido: Vámonos al castillo, y alli lo sabremos probablemente.

Gustavo se levantó para seguir á su amigo, y un fuego sombrío animaba sus ojos.

—¿Con que sufriremos las leyes de un dinamarqués?

—¿Qué hemos de hacer?

Ah! Si yo mandára!.....

Estas palabras se escaparon sin querer de los labios contrarios del joven Wasa.

¿Ah! Qué harías, amigo mio?

—No lo sé, pero no reconocería por rey de Suecia á Cristian II.

—Hablas como un niño, mi querido Wasa.

—El niño se hará hombre, pero su language jamás cambiará, dijo apretando la mano de su amigo con una espresion enérgica.

Las gentes de Stokolmo que empezaban á andar por las calles ocupándose en sus negocios y que pasaban de continuo á su lado, les impidieron seguir la conversacion.

Al llegar al castillo de Lindholm, se iban á separar los dos amigos, mas Sturce agarrando del brazo á Gustavo, le dijo sin poder ocultar su emocion. «Abrazame Gustavo.»

—¡Qué tono Federico! parece que nos separamos para siempre.

¿Quién sabe, amigo mio?

No me ocultes nada, Sturce!

—Gustavo, tú sabes todos mis secretos.

—Es decir que el que me ocultas en este momento, no te pertenece, no es verdad Federico?

Y como el hijo del administrador del Reino no respondia, Gustavo le dijo: Yo soy tres años mas jóven que tú, yo nací el año de 1490 y tú el de 1487 pero ten presente el juramento que hago hoy 10 de agosto de 1504. «Partiremos nuestra buena ó mala suerte.

—Eres un niño! exclamó Sturce marchándose.

—Hasta la vista» y Gustavo entró en el castillo de su padre.

II.

EL JÓVEN.

¿En donde está mi padre, preguntó Gustavo al primer criado que encontró?

—Le encontrará vuestra señoría en su gabinete.

Al acercarse á el cuarto, sito en lo mas apartado del castillo el jóven creyó oir llorar y lamentarse, dudó un momento si entraría, pero no escuchando mas voz que la de su corazon é impaciencia entró, abriendo la puerta con violencia. El primer objeto que se presentó á su vista, fué su madre sentada en el suelo sobre un almohadon llorando amargamente, su hermana menor jóven de 16 años arrodillada detras de su madre, sus demas hermanas á su lado sumergidas todas en un dolor que rayaba en la desesperacion, esparcidos en el suelo los libros en cuya piadosa lectura momentos antes se ocupáran, su padre se paseaba impaciente en su gabinete, evitando en cuanto podia dirigir su vista hácia las lágrimas de su esposa y enternecerse con el dolor mudo de sus hijas.



¡Dios mio! qué es esto! exclamó Gustavo.

Aproximándose su padre á él, y estendiéndole su nerviosa mano sobre las espaldas, hizole sentar á su diestra, y en presencia de toda la familia y de los criados de confianza le dijo: Gustavo, tú eres ya un hombre, y no creo que como una mujer vendrás á debilitar mi valor conociendo mi posicion. Escucha, hijo mio: tu sabes que la Suecia está en peligro de pasar á la dominacion del Rey de Dinamarca Cristian II, mediante el tratado de Calmar. La escuadra de dicho rey, sitia la bahía de Stokolmo, y Cristian ofrece presentarse en persona para terminar las diferencias, pero temiendo una sorpresa, pide rehenes. Yo me he ofrecido en calidad de uno de los señores mas ricos de Suecia. Stenon Sturce envia su hijo, los cuatro restantes se encontrarán facilmente estando nosotros dos; es negocio de veinticuatro horas; á la caida de la tarde iremos á bordo, mañana al rayar el dia, Cristian entrará en Stokolmo: pasada una hora volverá él á bordo, y nosotros á tierra.

Y si no sucediese asi, querido Erico, dijo su muger sollozando, sino que una vez apoderado Cristian en rehenes de vos y los cinco señores principales de Suecia, el rey de Dinamarca levantara anclas y se alejase: ¿qué seria de nosotros?

Mi querida Cecilia! eres diestra en atormentarte.... A todo esto Gustavo con un golpe de vista que no era propio de su edad, habia ya calculado el temor ingenioso de su madre, y la noble confianza de su padre. Pero en fin, exclamó Cecilia, si esto sucediese....si... no os encojais de hombros, lo sabeis mejor que yo, todo es posible, y Dios mio, en tiempo de guerra! ¿No tengo aquí un representante, un segundo yo.... Gustavo.... mi hijo.

—Yo acepto con gusto, contestó con espresion varonil Gustavo en el encargo con que mi padre me quiere honrar durante su ausencia.

En seguida el señor Erico levantando á su esposa y dándola la mano, y haciendo que la acompañasen sus hijas las llevó hasta la puerta de su gabinete.

Mi querida Cecilia, mis amables hijas, las decia, dirigiéndolas alternativamente la palabra; pocas horas me restan del dia, dejadme solo con mi hijo...marchaos, queridas mías.... yo no me iré sin abrazaros.... ¡Dios mio! valor....no procedais como mugeres comunes, haceos dignas de la sangre que corre por vuestras venas. Cecilia tú eres hija de los Ecas, acuérdate de las nobles hazañas de tus antepasados; vosotras, decia, á sus hijas, sois de la sangre de Wasa....

Estas últimas palabras dieron algun vigor á estas infortunadas que tanto le amaban, las pudo conducir á la galeria inmediata á su gabinete, las volvió á abrazar, y les indicó con un

gesto mezclado de imperio y súplica á un tiempo, el camino de su habitacion, y él volvió á su cuarto. Despues se dirigió á su hijo con estas palabras....

—Mi querido Gustavo, hijo mio, los temores de tu madre no son tan pueriles como yo he afectado creer, tolo lo creo posible en Cristian II. Asi hijo mio, aunque no tienes mas que quince años, no te puedo dejar ser jóven, y te nombro gefe de la familia...anda, vuelve á encontrar á tu madre y hermanas, yo no puedo verlas antes de marchar, no tengo el suficiente valor... al mismo tiempo dile á mi fiel criado Fritz, que esté á el anochechar detras de la puertecita del castillo que da al camino del mar, y que me espere allí con las botas de camino, la capa parda, y el sombrero de gran ala; procura que ni tus hermanas, ni tu madre se dirijan á este sitio, y cuando todo esté en silencio en el castillo, y Fritz se halle en su puesto ven á decirmelo; yo no abriré á nadie mas que á tí, y para conocerte no llares, sino araña la puerta un poco; vé hijo mio: los instantes son preciosos.

Gustavo salia mas preocupado que inquieto del cuarto de su padre, y le hizo volver atras un pensamiento, temo dijo, alguna réplica de parte de Fritz. ¿No seria oportuno me diéreis una orden por escrito?

—Con mucho gusto, y tomando un papel escribió así...*aseguid en todo y por todo, las órdenes de mi hijo, GUSTAVO WASSA*, y firmó, ERICO JOHNSON WASSA, puso el sello, y dió todo á su hijo, quien lo cogió con una espresion de alegría que su padre advirtió al momento. Niño!! Que placer le causa ser tratado como hombre, le dijo. Gustavo besó la mano de su padre, y se apresuró á salir del cuarto sin responder.

III.

LA CAPA PARDA, Y LAS BOTAS DE CAMINO.

Llegada la noche, Cecilia confiada en la palabra de su marido, pero inquieta por no verle llegar pensando con dolor que cada minuto que pasaba de estar ausente no volveria, envió á Eva la menor de sus hijas á buscar á su padre. La jóven obedeció al instante, y llegó al cuarto de Erico Johnson, encontrando á la entrada del corredor á el viejo Fritz, antiguo criado de la casa.

No se puede pasar, señorita, la dijo con el respeto de un fiel y antiguo criado, y al mismo tiempo con cierto tono imponente.

—¿Cómo que no se puede pasar? replicó Eva. ¿Está acaso la noche tan oscura, ó tu vista tan turbada que no conoces á la hija de tu amo?

—Sería necesario estar ó ciego, ó sordo, para no reconocer señorita...

—Entonces dejadme pasar.

Sírvase mi señorita dispensar la resistencia de su antiguo criado, pero tengo órden...

—¿De quién? preguntó Eva.

—De vuestro señor hermano.

—¿De mi hermano? dijo con dolor la pobre señorita.

¡Ay entonces mi padre ha marchado?

Yo no lo creo, y aun supongo que no sea así. x

Explícate, explícate, Fritz, le contestó Eva, con una terrible impaciencia.

—Señorita: estábamos reunidos en el vestíbulo del castillo, hablando de política (pues aunque criado no por eso dejo de ser sueco) cuando llegó el señorito Gustavo, me hizo una seña, y le seguí. Marcha, me dijo, á buscar las botas de camino, el sombrero de ala grande, y la capa parda de mi padre, y vuelve á la puertecita del castillo que dá al mar. Yo obedecí al señorito, y me dirigí á la puerta indicada. Hacía una hora que estaba allí, ya empezaba á hacérseme largo el tiempo, la noche se acercaba, y mi estómago pedía la cena, cuando volvió vuestro señor hermano. Dame todo eso me dijo, y en seguida obedece las nuevas órdenes que te voy á dar. Llégate al corredor que conduce al cuarto de mi padre, y no dejes entrar en él á nadie despues de él, á nadie ¿lo oyes? á nadie; ni aun á mi madre.

En seguida como yo titubease en ejecutar una órden tan severa, mi amo el jóven, me enseñó una órden de vuestro padre escrita de su puño que dice así: «Obedece en todo y por todo las órdenes de mi hijo *Gustavo Wassan*. Nada me restaba ya sino obedecer, y así lo he hecho.

—¿Con que tu estas cierto, Fritz, de que Erico Johonson Wasa mi noble y querido padre, está en su cuarto?

—Señorita, lo estoy, tanto cuanto puede estarlo uno que no ha visto entrar á un hombre en un cuarto, ni tampoco salir.

—¡Ah! sino ha salido estoy contenta, dijo Eva.

—Señorita, replicó el criado, yo no he dicho que el amo no haya salido: sabeis que el cuarto tiene dos salidas, una en la que yo velaba, y otra la que dá á la escalera que conduce á las cuadras, y de allí á la calle...

—Eva exclamó entonces juntando las manos en aptitud suplicante: ¡Dios mio....! ¿Dónde está mi hermano? mi hermano me informará.

—Yo creo respondió el criado, que debe de estar en la puercecita del parque.

—Voy al momento y marchó precipitadamente.

Mientras pasaba este coloquio llegó la noche, y era preciso estar criada en el castillo de Linelholm para conocer sus salidas. Por fin Eva llegó á los jardines. La calle de árboles que se

dirigia á la puerta indicada, era de plátanos y sombría aun en medio del día; Eva siguió intrépida sin que la asustasen ni el silencio del sitio, ni la oscuridad de la noche, y sus pies parecían que apenas pisaban la yerba; llegó por fin en silencio al punto deseado, y cuando trataba de asegurarse de si estaba la puerta abierta ó cerrada, oyó un ruido en la parte de afuera; Eva se paró de repente y oyó una voz extraña que pronunció estas palabras: «Señor, Érico Johnson Wasa....»

—Marchemos! dijo otra voz en la que creyó Eva reconocer la de su padre.

Lánzase fuera del jardín, y á pesar de la oscuridad de la noche pudo reconocer á dos hombres que iban aceleradamente en direccion al mar. La hija de Wasa vió que uno de ellos llevaba la capa y sombrero con pluma de su padre, y aun le pareció ver relucir en la oscuridad el diamante con que solía sujetar la presilla del sombrero. La pobre niña se quedó trémula, fría y sin movimiento, sin atreverse á seguir á su padre ni á retirarse de aquel sitio en donde había oído el ruido de las espuelas, y la voz de aquel á quien estaba acostumbrada desde la infancia á obedecer.

No se determinó á volver al castillo, hasta que hubo cesado el ruido que oyera á su inmediación, y cuando ya no sentía ni la voz, ni los pasos que la habían hecho estremecer, volvió otra vez corriendo como había ido, pero no ya con la esperanza en el corazón, sino triste y abatida. Al entrar en el salón donde su madre la esperaba, cayó de rodillas, y no recobró la palabra mas que para decir: ¡se ha marchado!!

—¿Quién? respondió Cecilia no pudiendo apenas creer ni á su corazón, ni á sus oídos.

—Mi padre! mi padre! dijo Eva, llorando....

—¡Imposible! replicó Cecilia marchando precipitadamente hacia la puerta.

El antiguo criado permanecía siempre de centinela en la puerta del cuarto de su amo. Una lámpara encendida en la pared del corredor alumbraba su rostro impasible y frío en apariencia. Al ruido de la persona que se aproximaba, y cumpliendo su consigna gritó: No se puede pasar!

Soy yo Fritz....

—No se puede pasar, repitió Fritz, con muestras del mas profundo respeto.

—Yo? yo no puedo pasar? dijo Cecilia con muestras de indignación.

El viejo se puso de rodillas impidiendo el paso á su señora.

—Mi ama podrá echarme de casa dentro de una hora, pero tengo órdenes....

¿De quién?

Y Fritz sacó la orden por escrito.

¿Donde está mi hijo? preguntó Cecilia.

Y Fritz respondió lo mismo que anteriormente habia dicho á Eva.

—A la puerta del castillo sin duda, en la parte que da al mar.

—Yo vengo de allí dijo Eva alzando la voz desesperada y no he encontrado á mi hermano, sino á mi padre, que se marchaba con otro.

¿Quién dice tal? dijo entonces una voz que hizo temblar á los tres.

Erico estaba de pie en su cuarto, cuya puerta acababa de abrir; su mujer é hija se arrojaron en sus brazos, y Eva le dijo.

¿Quién ha sido entonces el que yo he visto marchar con el sombrero y capa de mi padre? ¿Quién ha sido el que ha dicho marchemos? quién ha respondido cuando le llamaban Señor Erico Johnson Wasa?

Mi hijo! No puede ser otro que mi hijo, exclamó Cecilia instada por su corazón de madre.

En este momento se presentó un criado con la librea del administrador del reino á la entrada de la galería, se aproximó á Fritz, le dió un billete con este sobre... Al Señor Erico Johnson Wasa.?

—De mi hijo! exclamó este cogiéndolo, lo abrió y leyó

Padre mio:

«Me aceptan por rehenes en lugar vuestro, permaneced «pues entre vuestra familia á quien sois mas útil que yo. Suplicad á mi madre me envíe su bendicion, y que me perdone el «no haber ido á abrazarla, asi como á mis queridas hermanas; «yo soy tan jóven y tengo tan poco probado mi valor que no sé «hasta donde llegará, y desconfío de mí mismo. Bendecidme! «vos, querido padre, me habeis dicho que ya no era niño, estas palabras me han hecho hombre, esta es la primera accion «de tal, y el preludio de mi vida.—GUSTAVO WASA.»

Habiéndose apoderado Cristian II en rehenes de seis miembros de las principales familias de Stokolmo, entre los cuales uno era Gustavo, apenas los tuvo á bordo de su escuadra los declaró prisioneros de guerra, conduciéndolos como tales á Copenhague, donde los encerraron en un fuerte. Se podría escribir una novela de las aventuras de este jóven sueco, que encontró modo de escaparse, se presentó en Lubec á los magistrados de esta ciudad, diciéndoles su nombre, y que era una víctima de la palabra de Cristian, los magistrados le dieron acogida y le proporcionaron los medios de volver á su patria.

Llegó proscrito, y creyó prudente esconderse en una posesion de su familia; allí supo que Cristian II, ayudado por el arzobispo de Upsal, se habia apoderado de la corona de Suecia

proclamándose Rey, y que el primer acto de su autoridad habia sido mandar degollar á los hombres mas ilustres de Suecia y entre ellos á su padre Erico. Supo tambien que su madre y hermanas estaban prisioneras en Copenhague en la mas dura cautividad.

Todos estos infortunios lejos de abatir su valor, redoblaron su energia, se disfrazó de labrador y marchó á Dalecarlia: conocía el espíritu de sus moradores, y haciéndose pasar por minero, se dedicó por algun tiempo á los penosos trabajos de las minas: allí en medio de los mas ásperos trabajos supo distinguir los amigos de su padre, asegurarse de su opinion. Después un dia en Mora en medio de una asamblea formada por los habitantes de aquella parroquia se descubrió, se despojó repentinamente de sus vestidos ordinarios que le habian servido para ser recibido en las minas, dijo su nombre y juntando á las mas elocuentes palabras, la espresion de su exterior imponente, entusiasmó á todos los habitantes de Dalecardia que juraron unánimes seguirle y obedecerle. Armáronse con la mayor prontitud y valor, pusieron á Gustavo á su cabeza, marcharon sobre Stokolmo, lo sitiaron y se apoderaron de esta capital. Gustavo fué por unanimidad nombrado administrador del Reino.

En 1523 los servicios inmensos que habia prestado á su patria le grangearon el título de Rey.

Gustavo Wasa, cuya historia acabamos de bosquejar fué llamado con justo título el Regenerador de la Suecia, y murió el 29 de diciembre de 1560: á la edad de setenta años.

HISTORIA SAGRADA.

CUADRO IV.

LA TORRE DE BABÊL Y EL ORGULLO HUMILLADO.

Segun las palabras del Señor, los hijos de Noé se multiplicaren é hicieron pronto numerosos. Empezaron á encontrarse sin terreno suficiente en la Armenia, en donde habia parado el Arca. Dejaron las montañas y se fueron al pais de Senaar que estaba cerca. Sus costumbres, sus usos, su language, eran los mismos; no formaban sino un solo pueblo. Antes de disper-



sarse y esparcirse sobre la tierra pensaron dejar un monumento que marcára su tránsito en los sitios en que habían vivido, y que atestiguase á la posteridad su poder, y su fuerza.

Hagamos, dijeron, una ciudad y una torre que se eleven hasta el cielo, á fin de que nos celebren en los siglos venideros. Ellos pensaban que obrando de este modo podrian escapar á la venganza de Dios, si queria castigar á los hombres con un nuevo diluvio. Una vez formado este proyecto, lo pusieron por obra; cogieron tierra, y fabricaron ladrillos, que cocieron al fuego para que les sirviesen en sus trabajos. Como eran muchos, y reinaba entre ellos la mayor armonía, la torre se levantó rápidamente. Irritado Dios de este proyecto orgulloso, echó una mirada desde el cielo á los trabajos que los hijos de Adán hacian en la tierra, y viendo el ardor con que trabajaban, dijo: «Forman todos un mismo pueblo, tienen el mismo language, se entienden y no dejarán su designio hasta que lo hayan acabado. Entonces el Señor para humillar su orgullo, y hacer conocer todo su poder, confundió de tal modo su language, que no se entendian unos á otros; cuando uno pedia agua, le traian tierra, al que queria ladrillos le daban madera, en fin se vieron obligados á retirarse y abandonar la obra que habian comenzado. La ciudad y la no acabada torre se llamó Babel, es decir confusion porque allí se confundieron todas las lenguas. Veis hijos míos, cuán grande es el poder de Dios, y como sabe destruir los proyectos de los que, su orgullo le hace volverse contra él? No imiteis á los hombres de aquel tiempo: en lugar de contrariar el poder del Señor, adoradle, corregid vuestros defectos, implorad diariamente el perdon de vuestras faltas, y acordaos siempre de que el Señor castiga á los orgullosos.

Los hombres se dispersaron y se esparcieron por toda la tierra, los hijos de Japhet, se dividieron en diferentes naciones que bajo los nombres de Tártaros, Macedonios, Jonios, Iberios, Tracios, y Sarmatas, habitaron la Europa, y las islas del Mediterráneo.

A los hijos de Chaam, les tocó el Africa, con una gran parte de la Arábia, y de la Siria. Chus se estableció en Arábia Mesrain en Egipto, Phuth en Libia, y Chanaam, en el país que lleva su nombre; el mas notable de los descendientes de Chus, fué Nemrod, hombre violento y colérico, el cual acostumbrado á la caza y tirano feroz, degollaba lo mismo á los hombres que á los animales. Construyó á Babilonia, y pasando despues á la Asiria edificó la soberbia ciudad de Ninibe. Los hijos de Sen se esparcieron por el Asia, y formaron los pueblos llamados Persas, Lidios, Asirios, Armenios y Medos.

JUEGOS DE LOS NIÑOS.



LA GALLINA CIEGA.

Animo dare lusum. Ahí vá esa indirectilla á los que sepan latín, y los que no lo saben óiganla en castellano: «*Dar desahogo ó diversion al ánimo.*» He aquí una cosa necesaria á todos los muchachos habidos y por haber. Cosa muy útil y muy buena despues de haber cumplido con su obligacion, muy perjudicial y muy mala, si se hace sin haber cumplido exactamente los deberes que nos imponen nuestros superiores.

Pero dirán los niños (y los que no lo sean tambien) con tono triste y como desmayados, que sério empieza este artículo! No hay tal cosa, es todo lo contrario. Yo aquel que canté los porrazos y las diversas suertes de vuestro juego de los toros, y las intrigas de los barquillos, voy ahora á cantar los encuentros del de la gallina ciega, y para esto voy á recitaros lo que presencié en una casa hace dos ó tres dias. Suponed por un momento una docena de niños, hartos de jugar al toro, y cansados de *sentenciar* prendas sin saber que hacerse en un inmenso salon. Mientras permanecen todos pensativos, y dudosos sobre el partido que han de tomar, hay una voz que dice «*á la gallina ciega.*» se aprueba por *unanimidad* la proposicion, y todos se ponen en movimiento. Todos quieren *echar la china* á la vez, todos son gritos, algazara y.... hasta que el mas granadito de ellos pone orden, echa la china, y le toca ¡Oh! gozo para los demas! al mas torpe y atarugado del corro. Cele-

bran con saltos y voces desmesuradas, el haber tocado la suerte á un pobre Juan; no le faltaba mas que llamarse así para ser tonto por *escelencia*; y no os piqueis por eso los que os llamais Juanes, porque hay de todo en los que llevan este nombre, como en todas las cosas de este pícaro mundo.

Ahora entra una parte, quizá la mas interesante de este juego, el vendar los ojos con un pañuelo al pobre á quien le ha tocado la china. El que venda si es amigo del vendado, le deja el pañuelo muy flojo de tal modo que vé á sus compañeros lo mismo que antes de hacerle esta operacion. Para cerciorarse de lo contrario ¡Oh inocencia infantil á lo que llegas! le dice otro ¿cómo tengo el dedo? y el vendado que es un poco mas avisado que su compañero, le responde «derecho» si lo tiene doblado, y «doblado» si lo tiene derecho.

Pero volviendo á mi cuento, el pobre Juan no tenia ningun amigo, y le sucedió lo que dice el refran que del *arbol caido todos hacen leña*, fué vendado tan bruscamente por un compañero suyo, que tuvo que esclamar un poco compungido ¡ay! ¡que me haces daño!

Despues uno de los niños le dice: ¿gallinita ciega, qué te se ha perdido?—Una aguja y un dedal, dá una vuelta y la encontrarás responde otro, y haciéndole dar tres vueltas para desorientarle de la posicion en que se hallaba, le dejan solo y comienza el juego.

¿Cómo habian de ser las consecuencias siendo tan malo el origen? Despues que andubo por la sala tropezando con todas las mesas, veladores y cómodas que encontró al paso, y cogiendo aire con las manos, se enreda en la estera y cae; todos sus compañeros acuden á socorrerle, á los gritos viene el ama de la casa, mamá de uno de los niños que jugaban, y..... ¡Aqui fué Troya! Juan en el suelo llorando, el salon era una nube de polvo, la estera magullada y los niños sofocados, la señora regañándoles, y se concluyó el juego en tragedia.

Cuantas veces por jugar,
y divertirse un momento,
llega á ser un sentimiento
lo que nos pudo agradar

Mientras solemos gozar
un instante de sosiego,
y embebidos en el juego
pasamos alegres horas,
tal vez manos mal hechoras
vienen á turbarle luego.

Pero este juego como todos los demas, tiene sus contras

como habeis visto y sus ventajas, en cuanto á las contras fáciles conocerlas, debe evitarse el poner al paso de la gallina ciega todo lo que pueda hacerla tropezar ó caer: es menester al vendar los ojos hacerlo de manera que si bien no vea nada, no se le incomode en los ojos apretándole demasiado.—No debe jamas por malicia ú olvido dejarse de gritar á la gallina *tocino!* cuando se aproxime á algun objeto ó mueble con que pueda darse un golpe.

Debe jugarse á la gallina ciega silenciosamente. No se debe oír mas que las pisadas de los jugadores. No deben hablar mas que para gritar *tocino!*

Debe evitarse el dar golpes al que hace de gallina ciega, ni gastar con él chanzas que le ofendan, porque esto es propio solo de niños mal criados.

Exigen las reglas de este juego el que no se salga ninguno de la pieza donde se juega. Si es en el campo donde se juega, se señala un espacio, y si la gallina ciega sale de él, se la vuelve á poner en el terreno señalado.—Este juego es muy usado entre los niños y muy divertido, y se hace con él mucho ejercicio.

HISTORIA NATURAL.



EL CABALLO.

La mas noble é importante conquista que hizo el hombre es la de ese fiero y orgulloso animal, que con él divide las fatigas de la guerra, y la gloria de los combates. Tan intrépido como

su dueño el caballo ve los peligros y los arrostra todos, se acostumbra al estruendo de las armas, ama el ruido de los combates, los busca y se anima con el mismo ardor que su ginete. También participa de los placeres del hombre. En la caza, en los torneos, brilla y luce sus elegantes formas. Tan dócil como animoso reprime su movimientos no dejándose llevar de su fogosidad. No solo cede á la mano que le dirige sino que parece consulta sus deseos, y obedeciendo siempre á las impresiones que recibe, se precipita con veloz carrera, se modera, detiene y no obra sino á voluntad de su dueño. Es una criatura que renuncia á su ser para no existir sino por la voluntad de otro, mas aun sabe anticiparse á ella, por la rapidez y precision en sus movimientos la espresa y ejecuta, que comprende cuanto se desea, que entregándose sin reserva á su dueño á nada se rehusa, le sirve con todas sus fuerzas se escede de ellas, y aun muere por mejor obedecerle.

Cuentan los viajeros que en la América Austral, al sur del rio de la Plata se encuentran manadas de caballos salvages algunas de ellas hasta de diez mil, y marchan siempre reunidos y con orden admirable. Precedidos de unos cuantos como exploradores siguen los demas en columnas cerradas que todo lo arrollan, y que nada puede romper. Esta inmensa y prodijiosa multitud de caballos salvajes en América procede de la época de la conquista de estas regiones por los españoles que soltaron un gran número de caballos en los desiertos del nuevo mundo. Antes de su llegada no eran conocidos los caballos que tanto terror inspiraban á los indios y que tan poderosamente sirvieron á Hernán Cortés, y Pizarro para someter á la corona de Castilla aquellas ricas y vastísimas posesiones.

El movimiento de las orejas es un indicante seguro de la índole y carácter y estado de los caballos. Cuando anda el caballo debe llevar las puntas de las orejas hácia adelante. Un caballo cansado tiene las orejas caídas. Un caballo maligno ó colérico lleva rápida y alternativamente sus orejas una adelante y otra hácia tras. Los caballos de boca seca no son tan buenos y de tan dócil temperamento como aquellos cuya boca es fresca; y que se llena de espuma con el freno.

La vista del caballo es excelente, y aunque no está comprendido en la clase de los animales nocturnos, ve mas claro aun que el hombre en las tinieblas y obscuridad de la noche. Su olfato es esquisito, huele la proximidad del hombre á media legua de distancia, y mas que nada la proximidad del agua. Las carabanas de los árabes y de los tártaros en el desierto, y los pastores españoles en las landas de Caracas durante los calores del estío se guiaban por el olfato de los caballos para descubrir lagunas, y cisternas hasta entonces desconocidas de todo

el mundo. Los hebreos recurrieron para proveerse de agua muchas veces á este medio durante los cuarenta años que duró su peregrinacion en el desierto.

La duracion de la vida del caballo es como la de los demas animales proporcionada al tiempo que se tarda para su completo desarrollo.—Un caballo está en toda su perfeccion á los cuatro años, y la duracion ordinaria de su vida es de veinticinco á treinta años. Los grandes caballos que sirven para tiro y carga se desarrollan mas pronto, pero viven menos. A los quince años ya son viejos é inútiles.—Hay diversas razas de caballos. La mas estimada es la de los árabes. Son tambien escelentes los ingleses, los normandos para el tiro de los carruages.—Los caballos españoles, especialmente los que se crían en Andalucía son muy apreciados en toda Europa, por la gracia y hermosura de su estampa, la agilidad de sus movimientos y la lealtad de su índole.

El mejorar la raza de los caballos, como un ramo de riqueza pública, y hasta de interés por el orgullo nacional, ha sido objeto de diversas disposiciones mas ó menos acertadas del gobierno en todas épocas. Hoy varios propietarios ricos, y criadores de caballos han instituido para fomentar la ganadería caballar, juegos públicos de corridas de caballos á imitacion de lo que se practica en Inglaterra y Francia, donde se adjudican premios á los dueños de los caballos mas veloces en la carrera. Distan mucho estas carreras de caballos de las que se celebran en el estrangero, pero de esperar es que con el tiempo no solo las igualen, sino que las escedan, porque el clima español produce los mas hermosos caballos del mundo.

M.

FABULA.

LA GOLONDRINA Y EL GILGUERO.

Tenia su nido
Cierta golondrina
En un pobre establo
Detras de una viga.
Casa muy segura
Mas de poca vista.

Cierto gilguerrillo
Cantor de por vida

Enfrente al establo

Sobre una alta encina

En medio la copa

Colgó su guarida,

Desde allí zumbaba

Siempre á su vecina,

Cada vez que alegre

A los campos iba.

«Magnífica casa

«tiene usted» decía,

«De buen ver por cierto

«De fachada linda!

«Tiene buenas luces?

«Diga usted amiga,

«Deben ser sin duda

«Mejor que las mias:»

Y tras esto luego

Soltaba la risa,

Mas durole poco

Tal bufoneria.

Porque siendo al dueño

Sus ramas precisas

Con hacha cortante

Desmochó la encina.

Y el triste gilguero

Se halló sin guarida,

Mientras que gozosa

Vió la golondrina

Aun por muchos años

Su nido en la viga.

Aquel que prefiere

A vida tranquila

El fausto y orgullo;

Que escitan la envidia,

Recuerde al gilguero

Y á la golondrina.

